

PÁJAROS

Beatriz Monreal

Entre pinares castellanos, cerca de Alcazarén, oí cantar al cuco. Instintivamente me llevé la mano al bolsillo y conté algunas monedas. Entonces me vino a la memoria aquella canción de Imanol:

“Kukuak primaderan
egiten du kuku
biziaren esperantza
erakartzen dauku...”

“Primavera tarda”, decía Machado y por eso nos impacientamos por oír el canto del cuco, como la repetición de un mantra. Luego, nos deja huérfanos hasta la primavera siguiente en la que, nuevamente, no se cansa de pronunciar las dos sílabas en un tono idéntico ¡Cómo debe de reírse de nosotros! Se esconde mientras nos invita –como en el juego del escondite– a buscarlo mientras paseamos la vista por el verdor.

Parece decirnos: “no seáis bobos, no me veréis por mucho que lo intentéis. Concentraos más bien en vuestro cu-cú interior, escuchad vuestro propio canto, es primavera”.

El canto del cuco me ha traído al recuerdo la historia de Stanislaw Hermanowicz. Mis ojos podían ver los pájaros que pintaba este hombre polaco, prácticamente ciego, con una sola mano cuyo pulgar era defectuoso. Él nunca podría ver esas figuras aladas que pintaba. En cambio sí podía oír con gran deleite los cánticos de los pájaros, cuando paseaba por los parques de Varsovia. Esa sinfonía grabada, le acompañaba luego en su tarea de dibujante.

Delante de un papel blanco, el canto del pájaro se metamorfoseaba en imagen. El pájaro había abierto una brecha en su corazón y del corazón se plasmaba en el papel: palomas, gorriónes, zancudas...



Como un Oliver Messiaen que es un genio a la hora de transcribir a notas musicales los cantos de los pájaros, así este polaco, los inmortaliza en el papel. Messiaen dice: "si he escogido como maestros a los pájaros, es porque la vida es corta y anotar los cantos de los pájaros es a pesar de todo más fácil para un músico que la transcripción de las armonías del viento o del ritmo de las olas..."

En una habitación también a oscuras, donde el papel destacaba como un haz de luz, iba pintando, aferrado a un carboncillo que hacia girar sobre el papel, a medida que una cinta magnetofónica reproducía el canto de los pájaros. Mientras lo hacía, pasaba sus dedos por el trazo como queriendo comprobar la justeza del mismo.

Un intruso, quizás un mirlo, paseaba por su mesa, luego por entre sus piernas, haciéndole compañía y picoteando el aparato de música. Así es que el hombre no estaba solo.

Hijo de la luz, el pájaro demostraba una ternura muy fraternal y se le acercaba sin el más mínimo temor. Quizás, y aunque ahora no esté muy de moda decirlo, estaba cumpliendo una función angélica.

Porque no hay que olvidar que los ángeles toman a menudo la forma de un pájaro. Ambos, pájaro y ángel, tienen muchos puntos en común, como señala Davy. Los pájaros se desplazan libre y

cómodamente por el aire gracias a sus alas y, dentro de un plano simbólico, los ángeles se representan volando como los pájaros. Así los hemos visto en cuadros del Giotto. Y ambos, ángel y pájaro, también tienen mucho que ver con la música. La diferencia está en que el pájaro no necesita servirse de instrumentos musicales porque él es el que canta. Sin embargo, cuántos ángeles están reproducidos en la iconografía románica acompañados de címbalos y trompetas... Si a eso le añadimos la capacidad que tienen para la danza en praderas llenas de flores y verdor, con unas alas de diversos colores, evocando a los pájaros, como los presenta Fra Angélico en San Marcos de Florencia, veremos que ambos, pájaro y ángel, están unidos por una gran amistad, justamente de lo que adolecemos nosotros los humanos.

